

Afganistán y los retos de la acción humanitaria en tiempos de guerra

por Roberta Cohen

ICRC/Franco Pagetti

En Afganistán, a diferencia de la mayoría de otras emergencias humanitarias, el interés de la comunidad internacional, luego de los eventos del 11 de septiembre, fue hacia los que estaban en riesgo dentro del país.

Este fue un cambio bien recibido, que contrasta fuertemente con la respuesta internacional en Kosovo o Ruanda, donde la tajada del león en ayuda internacional y atención fue para los que estaban huyendo del país, mientras los que se quedaron dentro fueron dejados básicamente sin ayuda alguna y desprotegidos hasta que la guerra terminó.

Tres razones principales influyeron en este cambio. Para comenzar, existía una enorme crisis de asistencia humanitaria inminente dentro del país, que no podía pasar inadvertida. Hasta 6 millones de personas estaban en riesgo de morir de inanición. Aunque la amenaza de hambruna ya estaba allí para el 11 de septiembre, la salida de las agencias de ayuda humanitaria previo al bombardeo de los EE.UU., hizo la situación más urgente. Segundo, los flujos masivos de refugiados predichos como respuesta al bombardeo de los EE.UU., no se materializó. Con el cierre de las fronteras paquistaníes e iraníes, y las

restricciones del Talibán para salir, no más de 200,000 pudieron dejar el país desde el 7 de octubre hasta finalizar el año. Este cierre de la válvula de escape para los refugiados, tuvo el efecto de cambiar la atención hacia la gente de adentro. Tercero y más decisivo, los EE.UU. y sus aliados occidentales, hicieron de la ayuda humanitaria a aquellos dentro del país un componente sustancial de su estrategia militar y política, en un esfuerzo por demostrar que la guerra contra el terrorismo no era en contra del Islam o de la gente de Afganistán.

Pero proteger y asistir a la gente dentro de Afganistán no sería tarea fácil. La voluntad política no estaba siempre ahí, los mecanismos internacionales no estaban listos, y hubo choques entre los actores, los cuales resultaron en compromisos difíciles que a veces mermaron el resultado final. Probablemente un breve vistazo a algunos de los retos sea instructivo.

Tensiones entre la protección a refugiados y a desplazados internos

Cuando la campaña militar de los EE.UU. empezó, las agencias de la ONU predijeron que entre uno y dos millones de afganos huirían del país y se convertirían en refugiados. Esto no ocurrió. Los países vecinos cerraron sus fronteras y los elementos del Talibán bloquearon los movimientos masivos, especialmente de hombres jóvenes. Solo las personas con buena constitución física y recursos para rentar camiones o burros, cruzaron las difíciles montañas y sobornaron a los guardias fronterizos para poder salir - un total de 200,000, la mayoría hacia Pakistán. El resultado fue que el número de desplazados internos dentro de Afganistán subió de 1.15 millones antes del 11 de septiembre, hasta 2 millones. Grandes cantidades de esos desplazados internos estaban en riesgo de morir de inanición, en campamentos y asentamientos donde había poca o ninguna comida y medicina, donde las condiciones sanitarias no existían, y donde la gente tenía que cavar hoyos en la tierra para guarecerse. Además, elementos armados entraron a los campamentos de desplazados, reclutando a la fuerza a los varones jóvenes y desplegando violencia, especialmente contra las mujeres. Como uno de los oficiales de ayuda internacional observaba: "La

Almacén del Comité Internacional de la Cruz Roja/Media Luna Roja, cerca del Aeropuerto de Kabul

gente que no puede dejar el país está... mucho peor que aquellos que están en campamentos de refugiados fuera de Afganistán... El número de desplazados internos que se enfrentan a la muerte alcanzan ya 1.1 millones.”¹

Mientras ACNUR atendía las necesidades de los refugiados, no existía una actividad operativa para los desplazados internos. Una variedad de organizaciones internacionales, El Programa Mundial de Alimentos (PMA), el Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC), UNICEF, la Organización Internacional de Migraciones (OIM) y varias ONGs, hicieron su mayor esfuerzo desde fuera del país para traer alimentos y medicinas a los que estaban dentro de Afganistán, a pesar de los bombardeos y los enfrentamientos en tierra. Personal local y ONGs valientemente trabajaron con ellos, distribuyendo la ayuda cuando pudieron a aquellos en riesgo de morir de hambre o enfermedad. Pero sobre todo, como en muchas otras crisis humanitarias, no

los desplazados internos no tenían un paladín

había un monitoreo completo o centralizado de las condiciones de los desplazados internos, ni evaluación de sus necesidades, ni desarrollo de estrategias para protegerlos y asistirlos. En pocas palabras, los desplazados internos no tenían un paladín, especialmente en lo relativo a protección.

La explicación se encuentra en el cuartel general de la ONU. Después de las debilitantes batallas territoriales que se dieron entre las agencias de ayuda humanitaria en 2001, el Secretario General de la ONU reafirmó, por mandato de los gobiernos donantes y muchas agencias, que ninguna agencia estaría encargada de los desplazados internos. Aunque ACNUR ha sido propuesto como un candidato adecuado para asumir esa responsabilidad a nivel global, se decidió que en su lugar la Oficina Coordinadora de Asuntos Humanitarios (OCHA), el coordinador oficial de la ONU para la ayuda, permanecería como el punto focal de la ONU en relación a los desplazados internos. Para ayudarle a desenvolverse más efectivamente, la Secretaría General aprobó la creación de una Unidad Especial para Desplazados Internos. Pero esta nueva unidad no se formaría sino hasta enero de 2002, mucho después de que la emergencia afgana empezara. Dado el vacío de responsabilidad y el hecho de que ni la OCHA ni su Unidad estaban listas, ACNUR requirió la autorización para tomar el liderazgo en el papel operativo en Afganistán para los refugiados, desplazados internos y otras poblaciones afectadas por la guerra. Pero la solicitud no fue

considerada sino hasta que la guerra había terminado, exhortando a ACNUR a “regresar a lo básico” y concentrarse principalmente en la protección de refugiados.

Consecuentemente, durante todo el período de la guerra, ACNUR se apegó a su mandato y proveyó la protección y la asistencia principalmente a refugiados. Como un punto a su favor, ACNUR autorizó el envío de algunos abastos necesitados a los hacinados y desesperados campamentos de desplazados internos cerca de la fronteras con Pakistán e Irán; pero se rehusó a trabajar directamente con esos campamentos o a establecer nuevos. Argumentó preocupaciones de seguridad y el temor de que tal involucramiento pudiera impedir el flujo de refugiados. Tampoco asumió un fuerte papel de abogar por esos u otros desplazados internos, a pesar de los problemas de protección reportados en los campamentos. Golpeado por la crítica de involucrarse demasiado con los desplazados, culpado por no estar bien preparado durante la emergencia en Kosovo (cuando los refugiados necesitaban atención), e

influenciado por aquellos en el cuartel general que apoyaban un enfoque más reducido, el personal de ACNUR insistió en que la mejor protección para aquellos en riesgo dentro de Afganistán, eran “fronteras abiertas”.

Pero “fronteras abiertas” era difícilmente una solución práctica, en un momento en el que los seis gobiernos vecinos mantenían sus fronteras firmemente cerradas bajo argumentos de seguridad y con el amplio apoyo de los EE.UU. para ese cierre. Con tal de asegurarse, el gobierno de Pakistán cedió algunas veces a la presión y permitió entrar a los más “vulnerables”, pero dejó bien claro que no podrían absorber más refugiados afganos. Junto a Irán, atendían ya cerca de cuatro millones de afganos de la guerras anteriores y temían que la comunidad internacional los dejara, como hicieron cuando los soviéticos se retiraron, viéndoselas por sí mismos nuevamente con enormes poblaciones de refugiados que cuidar.

Presionar por la apertura de las fronteras contra todas las probabilidades, como la mayoría de los que abogan por los refugiados y los derechos humanos hicieron, tuvo también el efecto de disminuir la energía que debía ser dirigida hacia desarrollar estrategias, para tratar de proteger la integridad física de los millones atrapados dentro. Notablemente muy poca atención, por ejemplo, fue puesta en la posibilidad de crear áreas seguras en diferentes partes del país para proteger a los desplazados internos y otras

poblaciones afectadas conforme se retiró el Talibán..

Ya fuera que se recordara el trauma de Srebrenica, o el indicar que la gente mal nutrida se enfermaría al mudarse a lugares insalubres, se trató por varios medios de desanimar a la gente; pero cientos de miles hicieron simplemente eso, se mudaron a campamentos en diferentes partes del país, a pesar de que ahí estarían enormemente desprotegidos y sin ayuda. Después de todo, ¿qué se esperaba que los afganos hicieran, cuando los alimentos se terminaron en sus hogares, las bombas empezaron a caer y las batallas se intensificaron? De acuerdo con un especialista militar, cada área segura habría requerido 1,000 a 3,000 soldados para asegurar protección adecuada, y varios países podrían haber ayudado.² Pero ni las áreas seguras ni otras ideas comparables fueron objeto de una consideración seria. Si la guerra no hubiese terminado tan rápido, el despacho perentorio de salvaguardos podría haber condenado a muchos afganos a morir.

Ahora más que nunca, son necesarias estrategias meticulosas para proteger y asistir, tanto a refugiados como a desplazados internos, que están empezando a regresar a sus hogares. Dados los conflictos interétnicos en el país, posibles represalias e inseguridad general, ACNUR debe ser instado a jugar el papel principal en el proceso de retorno, tanto de refugiados como de desplazados internos, dado su mandato de protección. En el vecino Tayikistán, de 1993 a 1995, ACNUR ha jugado un papel de liderazgo en acompañar el retorno de desplazados internos y refugiados a sus áreas de origen, monitoreando las condiciones en esas áreas, abogando por ellos ante las autoridades locales y grupos en donde ha habido acoso u otros abusos a los derechos humanos; ayudándoles incluso a ir a la corte en disputas sobre propiedades. Esta participación debe tener lugar en Afganistán también. Desafortunadamente (al menos al momento en que este artículo fue escrito - mediados de marzo), la ONU no ha decidido aún asignar a ACNUR la reponsabilidad general del retorno de los refugiados y desplazados internos. Más aún, los retornantes están siendo provistos de comida, ropa y materiales de construcción, pero la protección de su seguridad física y derechos humanos, no ha recibido la atención que merece.

Lo que se necesita, es el envío del personal de protección de ACNUR, a las áreas de retorno apoyadas por el personal de campo de la Oficina del Alto Comisionado de la ONU para Derechos Humanos; y la formación de “grupos de trabajo de protección”, para que diferentes organizaciones internacionales, ONGs, la sociedad civil y el nuevo gobierno, puedan

reunirse en forma regular a examinar los problemas de protección y diseñar las estrategias para tratar de resolverlos.

La difícil relación entre militares y organizaciones humanitarias

Dentro del mundo de la ayuda humanitaria, muchos argumentan que debe mantenerse una clara separación de papeles entre los actores humanitarios y las fuerzas militares durante emergencias, especialmente cuando las fuerzas son beligerantes en el conflicto. Pero para los EE.UU., en su guerra en Afganistán, las metas humanitarias y militares básicamente convergieron. Para hacer más aceptable su campaña militar en contra de al-Qa'ida y el Talibán, los EE.UU. buscaron ganar "las mentes y corazones" de la gente de Afganistán y del mundo islámico, lanzando inicialmente paquetes de alimentos en un país en hambruna, para evitar muerte por inanición. Se trataba de un plan de relaciones públicas, pero resultó en 2.5 millones de comidas

hechas lanzadas en áreas remotas durante dos meses.

Para muchos dentro de la comunidad humanitaria, sin embargo, "el lanzar alimentos y lanzar bombas al mismo tiempo" constituía una herejía. Las mayores agencias de ayuda respondieron que la acción humanitaria debe ser neutral, imparcial y apolítica, y "dirigida por civiles para civiles". A menos que fueran claramente diferenciadas de las operaciones militares, la independencia y credibilidad de la ayuda humanitaria se vería afectada. Por supuesto, el lanzamiento de paquetes de alimentos desde más de 6,000 metros de altura, sin monitorear su distribución a los necesitados, difícilmente constituye una estrategia en la que las agencias humanitarias podrían haber participado. Era riesgoso -podría atraer personas a un lugar donde estarían desprotegidas o donde la comida podría ser desviada. Y sólo proveyó de una comida, o menos del 1% del estimado general de las necesidades alimentarias. Pero en el momento que el personal de ayuda internacional tuvo

que dejar Afganistán, cuando empezó a ser acosado, y la mayoría de los convoyes de tierra no podían pasar, el lanzamiento desde el aire constituía una de las únicas alternativas disponibles para alcanzar las áreas más aisladas. Además, para una persona hambrienta en Afganistán, importaba muy poco el que esto viniera de una fuente civil o militar. La ortodoxa insistencia de la comunidad de ayuda humanitaria, en el carácter civil de la ayuda, tuvo el efecto de ponerla en la dudosa situación de estar dando de mala gana alimentos a la gente en áreas de mala nutrición generalizada.

Los intereses de seguridad y humanitarios... muchas veces convergen

Las mismas reservas acerca del papel de los militares, salieron a luz en la crisis de Kosovo. La comunidad humanitaria misma admitió que no estaba preparada para proveer un refugio adecuado, para los cientos de miles de refugiados que huían hacia Macedonia y Albania. Aún así, experimentaron un gran descontento cuando la OTAN intervino y empezó a construir los campamentos de refugiados, instaló las tiendas necesarias y proveyó la seguridad correspondiente. La comunidad de ayuda argumentó que las acciones de la OTAN mermarían el carácter de imparcialidad y neutralidad de ACNUR, convirtiendo los campamentos en blancos militares y poniendo en riesgo las relaciones con las autoridades de Belgrado.

Esas son preocupaciones legítimas, pero mantener la completa independencia de la actividad humanitaria en todas las circunstancias es probablemente imposible y, en algunos casos, puede ser peligroso para las poblaciones que la comunidad internacional está tratando de proteger. Un enfoque más realista sería la creación, al surgimiento de cada emergencia, de un marco para promover la mejor comunicación entre los actores humanitarios y militares. Una evaluación postconflicto encargada por ACNUR, reconoce que la agencia podría haber estado mejor preparada si hubiese hecho una planificación conjunta de contingencia con la OTAN.³

Los intereses de seguridad y los humanitarios, después de todo, muchas veces convergen. La planificación y la definición de estrategias en conjunto, ayudarían mucho a asegurar que las consecuencias humanitarias de las estrategias militares, puedan preverse más fácilmente y ser mejor manejadas por ambas partes; y en particular, a que haya coordinación entre bombardeos aéreos y la entrega de alimentos, para que los convoyes de abastos y las rutas puedan ser protegidas y los militares



advertidos de las áreas de hambruna, a las cuales la comida debe llegar.

En Afganistán, esta colaboración tuvo lugar, especialmente cuando el Talibán comenzó a ser retirado. Los envíos aéreos de alimentos fueron conjuntamente planeados, aunque al final ellos no fueron necesarios. Las agencias de ayuda, lideradas por el PMA, con el apoyo de militar y político occidentales, lograron agresivamente ubicar millones de toneladas métricas de alimentos en los países que rodeaban Afganistán, y luego enviarlos en camiones hacia el interior del país; previniendo con ello una gran hambruna que se anticipaba.

Pero la crisis de Afganistán reveló también los peligros de demasiada colaboración entre los actores militares y humanitarios. El pronunciamiento conjunto en enero del PMA y el gobierno de EE.UU., donde se decía que habían prevenido la hambruna en el país, pareció haber sido ampliamente diseñado para probar que el bombardeo de los EE.UU. no trajo consigo hambruna; en su lugar, los EE.UU. y su socio el PMA, habían salvado a la gente afgana⁴. Seguramente, el trabajo del Programa Mundial de Alimentos merece reconocimiento; pero la evaluación fue exageradamente optimista y mostró lo peligroso de que los gobiernos que conducen las operaciones militares, sean los mayores patrocinadoras de la operación de alivio. Al momento del anuncio, serios problemas en materia de seguridad alimentaria y protección aún plagaban el país: unos 100 niños y ancianos desplazados internos se reportaban muertos a diario por inanición y exposición en las afueras de Herat;⁵ poca o ninguna comida llegaba a la gente en y alrededor de Kandahar; en Jalalabad y Mazar-i-Sharif, los caudillos locales estaban robando la comida destinada para los hambrientos; y otros sectores del país permanecían inaccesibles a las agencias de ayuda y la malnutrición se reportaba en aumento. Para el Comité de Refugiados de los EE.UU., la organización Salvemos a los Niños y otras agencias de ayuda, la crisis humanitaria se mantenía bastante "aguda". Si es que la hambruna fue eliminada, replicaban ellos, fue por "dos meses - no más".⁶

Otro punto controversial entre la comunidad humanitaria y la milicia, fue el bombardeo en sí. Aunque la mayoría aceptó el hecho de que los EE.UU. tenían que responder con la fuerza al ataque al World Trade Center y el Pentágono, algunos grupos no gubernamentales y oficiales de la ONU expresaron su oposición al bombardeo diario, y solicitaron una "pausa" para permitir el envío de alimentos. Otros llamaban la atención sobre el número de víctimas civiles. Los EE.UU. por



Andres Press Agency/Carlos Reyes

supuesto tenían un serio interés en evitar víctimas civiles y se esforzaron en confinar sus ataques a objetivos militares. Pero las bajas de cualquier forma aumentaban. Mientras algunos ponían el total en cientos, otros lo hacían en miles. Las protestas públicas y privadas, sin embargo, disminuyeron sustancialmente cuando la victoria fue rápida y se hizo claro que muchos afganos dieron la bienvenida al derrocamiento del régimen Talibán. De cualquier forma, los subsiguientes bombardeos erróneos y ataques terrestres de las fuerzas de los EE.UU. en contra de gente civil inocente, hicieron ver la necesidad de continuar el monitoreo, por parte de grupos de derechos humanos y ayuda humanitaria hacia las actividades militares; con el objeto de hacer presión para que se investiguen los incidentes y se tomen mayores precauciones. El uso de bombas de racimo, algunas de las cuales permanecen aún sin explotar y ponen en peligro a la población civil afgana, es otro punto álgido que está siendo examinado por las organizaciones de derechos humanos,

que consideran esas armas como de uso ilegítimo.

El debate sobre una Fuerza de Seguridad Internacional

La necesidad de una fuerza multinacional de seguridad, para la protección tanto de los insumos y suministros de ayuda, como del personal de ayuda y civiles, se hizo evidente cuando el régimen Talibán colapsó. Grandes partes de Afganistán sucumbieron ante el vandalismo y ausencia de la ley. En ausencia de gobierno, ejército, policía y sistema judicial, los grupos armados, algunas veces alineados con caudillos de la Alianza del Norte o miembros del Talibán en retirada, se apoderaron de las rutas de abastecimiento críticas, atacaron los convoyes de ayuda, saquearon y ocuparon las oficinas y bodegas de las agencias de ayuda, acosaron y golpearon a los trabajadores humanitarios y se involucraron en batallas entre facciones. Para mediados de diciembre, las agencias

Campo para desplazados internos cerca de Mazar-i-Sharif, 2002.

internacionales de ayuda no podían ya distribuir de manera segura mucha de la comida que habían ubicado en Afganistán y países vecinos, para

recién formado gobierno; la consideración de cualquier expansión hacia otras áreas fue pospuesta y se le limitó a no más de 4,500 miembros. El

La seguridad y protección de los civiles sigue siendo uno de los problemas más críticos que enfrenta el Afganistán de la post-guerra.

alimentar a millones de personas hambrientas.

Si las metas militares y humanitarias de los EE.UU. convergieron en diferentes momentos durante la campaña en Afganistán, cuando se trató de crear una fuerza internacional de seguridad, para facilitar el envío de alimentos y proteger a los civiles afganos, esta convergencia llegó a su fin. El Pentágono bloqueó activamente la creación de una efectiva fuerza internacional, sobre la base de que esto les distraería de su principal propósito militar de vencer a Osama Bin Laden y al-Qa'ida. Paralizados por el trauma de Somalia, los EE.UU. también argumentaron que las tropas internacionales se convertirían en blancos de ataque, haciendo que las fuerzas de EE.UU. tuvieran que ir en su rescate y provocándose bajas.

El temor de verse empantanados en el proceso de "construcción de nación", condujo al Secretario de la Defensa Donald Rumsfeld a restar importancia a la deteriorante situación humanitaria y de seguridad en el país, haciendo comparaciones entre la "situación de peleas y ausencia de ley" en Afganistán con la situación en "algunas ciudades de EE.UU. también".⁷ Dado que los EE.UU. se apoyaban principalmente en la Alianza del Norte para llevar a cabo la mayor parte de la pelea, también minimizaban el hecho de que mucho del saqueo y maltrato a los empleados de la ayuda humanitaria, tuvo lugar en áreas controladas por las fuerzas de la Alianza. Por su parte, miembros de la Alianza del Norte se opusieron al estacionamiento de grandes cantidades de tropas extranjeras en Afganistán, temiendo que su autoridad pudiera ser limitada. Ellos propusieron en su lugar una fuerza completamente afgana de seguridad, pero era claro que ésta no podría haber sido ensamblada a tiempo; ni podían suprimirse en forma suficientemente rápida las rivalidades entre facciones que definitivamente obstruirían dicho ensamblaje.

La fuerza internacional autorizada por la ONU que si llegó a establecerse, en enero (la Fuerza Internacional de Asistencia en Seguridad), no era lo suficientemente grande, ni tenía un mandato suficientemente amplio como para ser efectiva. Fue confinada a Kabul, la capital, para proteger el

resultado fue una continua falta de seguridad a través de amplias partes del país, incluyendo las carreteras que conducen a Kabul; Alimentos e insumos que no pudieron llegar a muchos lugares; refugiados y desplazados internos vacilantes de volver a sus hogares, y una reconstrucción y desarrollo a gran escala que pudieron ser planeados pero no ejecutados..

El envío de una fuerza internacional más efectiva podría prestar más autoridad al nuevo gobierno central, al permitirle dirigir todo el país mientras se crean el ejército nacional y la policía, se detiene a los criminales actualmente envalentonados por la ausencia de la presencia militar, y se muestra la seriedad de la comunidad internacional, al traer estabilidad a Afganistán. Una fuerza tal se necesita además, para proteger los caminos clave, puentes y bodegas en todo el país; acompañar y proteger a los convoyes de ayuda y a los trabajadores humanitarios; defender a civiles en las ciudades más grandes de ataques indiscriminados y sin respaldo; desanimar las luchas entre facciones; y crear el ambiente necesario para el retorno de millones de desplazados internos y refugiados.

A finales de enero, el nuevo Presidente de Afganistán públicamente apeló a la ONU por la expansión de la fuerza de seguridad internacional, e indicó que el gobierno y muchos afganos apoyaban dicha expansión. Los oficiales de la ONU y las agencias de ayuda han expresado sentimientos similares. Hasta el momento, sin embargo, no parece existir voluntad política para responder a esta llamada, en gran medida debido a la oposición de altos oficiales del Departamento de la Defensa en los EE.UU.

Conclusión

La seguridad y protección de civiles continúa siendo el problema más crítico que enfrenta Afganistán, en su período de postguerra. Ninguna cantidad de alimentos o abastos puede sustituir esta necesidad básica. Para estar seguros, durante la emergencia, las agencias internacionales, grupos no-gubernamentales y personal local desplegaron una notable cantidad de energía y coraje, en sus esfuerzos por asegurar que la inanición y enfermedad

no vencieran a grandes cantidades de personas dentro del país. El ejército de los EE.UU. se unió a este esfuerzo, teniendo un interés diferente en mostrar que su campaña no era en contra de los afganos. Pero el interés internacional en la provisión de alimentos, medicinas y refugio, no fue complementado con ninguna iniciativa similar para proveer seguridad a aquellos que quedaron atrapados dentro. Aún cuando la guerra finalizó, el largo retraso en la instauración de una fuerza internacional de seguridad y el limitado mandato que al final se dio, demuestra una vez más que la ahora aceptada responsabilidad de evitar hambruna, aún no se extiende a proteger la seguridad física y los derechos humanos de la gente dentro de sus fronteras nacionales. El rumbo futuro de Afganistán, estará determinado en gran medida por cómo la comunidad internacional maneje esta falta de protección. Esto continúa siendo una de las más serias limitaciones, en los esfuerzos internacionales para resolver crisis humanitarias.

Roberta Cohen es Co-directora del Proyecto sobre Desplazados Internos de la Institución Brookings-SAIS, y co-autora de *Huidas en Masa: La Crisis Global de Desplazamientos Internos (Brookings, 1998)*. Ella desea reconocer con mucho aprecio la asistencia en la investigación brindada por Marianne Makar.
email: RCOHEN@brookings.edu

1 "El hambre y el invierno, las mayores amenazas para los afganos", *The Daily Yomiuri*, Tokio, 11 de octubre de 2001.

2 Michael O'Hanlon, Conferencia de Prensa de la Institución Brookings, 12 de octubre de 2001.

3 *La Crisis de Refugiados de Kosovo*, Unidad de Evaluación y Análisis de Política de ACNUR, febrero de 2002, párrafo 554.

4 "Entrega Masiva de Alimentos Previene Hambruna en Afganistán", *Washington Post*, 31 de diciembre de 2000.

5 "Los Refugiados Dejados en el Frío", *The Guardian*, 3 de enero de 2002.

6 Comité para los Refugiados de EE.UU., Comunicado de Prensa, 7 de enero de 2002.

7 "Manejando una Guerra de Presión y Paciencia", *Washington Post*, 16 de diciembre de 2001.